

Giovanni Papini en Juan José Arreola

Sara Poot Herrera

He demostrado científicamente y dialécticamente que todo puede brotar del Gog de Papini.

Juan José Arreola
al recibir el Premio Juan Rulfo en 1992

LECTOR, ÉSTE ES UN LIBRO DE LECTURA

Así comienza la introducción a un libro del que se dice “no es una antología universal ni un volumen de trozos escogidos”. Se trata de *Lectura en voz alta. La eligió Juan José Arreola*.¹ Para que pueda oírse lo que se sugiere que es —una melodía—, el lector ha de seguir las instrucciones dadas desde el propio título. Y se siguen dando para poder oír y entonar estas que fueron y seguirían siendo, entre otras, las primeras notas de lectura de Juan José Arreola. A modo de ejemplo, anoto algunas de las instrucciones: unas lecturas “requieren una voz amplia, estricta y pausada”; las hay donde “un murmullo de oración debe rezar, en aleteo lejano”; otras han de hacerse “como quien cuenta una anécdota personal”; otras más, “así, pero con cierto temblor”. Y nos detenemos en aquella instrucción de lectura que dice: “con orgullo, rencor y humildad el *Autorretrato* de Papini” (p. 10).

Con las otras palabras reunidas en el libro, las del escritor italiano ejercieron su poder de seducción y enseñaron al mexicano a amar la literatura. Arreola invita a reelerlas con él.² Ya ha dado las instrucciones para seguirlo. A cincuenta años de la muerte de Giovanni Papini la ocasión lo amerita, por lo que nos asomaremos brevemente a su obra desde los ojos y la palabra de Juan José Arreola.

A POCOS AÑOS DE *GIUDIZIO UNIVERSALE*
Y A MUCHOS DE *GOG*

Dos años después de haberse publicado *Giudizio universale* (1957) de Giovanni Papini, Juan José Arreola fecha con el año de 1959 su breve texto titulado “El último deseo”. Primero aparece entre los escritos que en 1962 enriquecieron “Prosodia” de *Confabulario total*³ y después también en “Prosodia” ya del *Bestiario* de 1972.⁴ Giovanni Papini es personaje del texto. Arreola parte de un hecho real —la publicación de *Giudizio universale*— y ficcionaliza a su autor: Papini entrevista a Adán y Eva; la pareja pide como último deseo que llegue el Juicio Final y ocurra la Resurrección de la carne. Así podrán recibir sagrada sepultura, pero antes quieren tomarse la foto de familia “en el valle de Josafat”. La anécdota “conmovedora y pueril” se ha omitido y como Papini murió dos años antes de la publicación de su *Juicio* no se sabrá si hubo tal entrevista “en el último desván del universo”, como “dicen las malas lenguas”. Lo que sí ha de saberse es que “El último deseo” debe ser leído en voz alta, como los otros textos de “Prosodia”.

En 1971 la presencia textual de Papini aparece en forma de epígrafe en “Tres días y un cenicero” de *Palindroma* de 1971.⁵ Dice el epígrafe: “Ha llegado para mí el día en que nace más de un sol, y cedo con la máxima despreocupación los harapos de la noche” (p. 9). Son líneas brotadas de *Gog*. Giovanni Papini recorre explícita e implícitamente la obra de Arreola. Fue tanta la asimilación de “los grandes” que Arreola llegó a decir:

He llegado a coincidir textualmente, por dicha y desdicha, con Kafka, Papini, Duhamel y Max Scheler, por ejemplo. Antes de

acusarme por vanidoso, oigan mi defensa: fueron otros, otros más o menos grandes, quienes me prepararon en el trance de pensar acerca de algo. Sobre todo los filósofos y los poetas que al azar del destino y la ocurrencia he ido leyendo.⁶

Citas, citaciones, relaciones, diálogos, intertextualidades, entran en una dinámica de memoria y de olvido. En su prólogo a “El espejo que huye” Borges, sorprendido por la presencia profunda de su autor –Giovanni Papini– en su cuento “El otro”, sentenció: “El olvido bien puede ser una forma profunda de la memoria”. “El espejo que huye” se publicó en *Lo trágico cotidiano* de 1906, año en que Papini (1881-1956) cumplió 25 años. Eso fue hace cien años. Leer de nuevo el cuento –un diálogo entre dos personajes que ocurre en una estación de ferrocarriles cuando precisamente llega el tren– nos lleva no al diálogo pero sí a la estación, similar a la de “El guardagujas” de Juan José Arreola. Papini está presente en el tejido de la obra de Arreola. Un “último deseo” de la lectura es no ser olvidada en la escritura. Arreola cumple con creces. Es más que notorio y notable en los homenajes que hace a sus predecesores.

DE ESCRITOR A ESCRITOR

Fiel a sus fuentes, Arreola siempre expresó sus deudas. La que se refiere a Papini (y no sólo la referida al escritor italiano) se dejó ver siempre en entrevistas y en referencias de Arreola a su propia obra. En varias de esas entrevistas que atraviesan la obra en su conjunto se atestigua lo que una y otra vez Arreola dijo de Papini. Una muestra es lo que declaró a Emmanuel Carballo, Marco Antonio Campos y Fernando del Paso. Por medio de estas entrevistas, vale la pena retomar directamente las palabras de Arreola en cuanto a la huella del autor florentino en su vida y obra.

De 1964 es la primera entrevista. Juan José Arreola habló con Emmanuel Carballo del primer libro que compró y de lo que su autor –Giovanni Papini– y su obra habían significado para él y sus escritos:⁷

A los quince años acometé una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el *Gog*, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado. Para los librescos, los eruditos y los informados voraces, Papini es una lección. Realmente el último de sus libros, póstumo, *el Juicio final*, es la demostración del hombre

que quiso abarcarlo todo. Ya sabemos qué vana es esa tentativa. Sin embargo, es el más grande prosista italiano de este siglo, y lo afirmo a pesar de que exista, en su generación, Benedetto Croce y, posteriormente, algunos grandes escritores que, ni por asomo, saben lo que es acomodar un bloque sobre otro. Papini ha hecho su prosa de sillares. Su influjo vale en mi obra como fundación, como cimiento, que para mi fortuna es de granito y de mármol. Después, me puse a leer toda su obra. Recuerdo que el *Dante vivo* era un libro que necesitaba releer casi continuamente, sobre todo en mis pequeñas crisis de carácter ético. En especial el capítulo “Dante pecador” [...] Cada vez que me sentía totalmente indigno, totalmente miserable, lo releía y eso me rehabilitaba. Como yo tenía un claro concepto de la grandeza de Dante, cuando veía cómo Papini nos demostraba que Dante había sido pecador en medio de su grandeza, me sentía liberado. Que yo leyera ese capítulo y lo razonara era casi un acto equivalente a la confesión religiosa. Tal vez de allí venga la raíz moral que se advierte en mi obra (pp. 449-450).

En 1986 Marco Antonio Campos publica lo que en “De viva voz” recogió de Juan José Arreola. En “De influencias. Schwob, Papini y Borges”, se habla de “Papini: la soberbia y la desmesura”.⁸ Y así dijo Arreola:

En el orden del espíritu, para desdicha mía, dictó Giovanni Papini: él señoreó en mí la soberbia y la desmesura. Hago más estas líneas: “La creación de la obra de arte exige e implica una cierta dosis de sensualidad y una cierta dosis de orgullo, y supone en consecuencia, una cierta complicidad, casi siempre inconsciente, con el diablo. Un artista que no tiene alguna familiaridad con el diablo, aunque sólo fuera para esquivarlo y para dominarlo, no puede ser un verdadero artista”.

El libro que más me interesó de Papini fue *Gog*. Y debo hacer el alegato de por qué lo sigo recomendando a los jóvenes. Conozco bastante a Papini en vida y obra, pero *Gog* en especial dispara cien textos alrededor: es un nudo de señales innumerables que apunta a personas, a cosas, a obras, a objetos literarios, a situaciones espirituales, a crisis. Si hiciéramos el índice de personas que hay en *Gog* (y llamar personas a Bergson, Sócrates, Freud o Einstein suena raro) y de obras que están claramente mencionadas, aludidas, esquivadas, sugeridas, nos llevaría algún tiempo.

Papini fue el disparador de mi energía vital y de mi voluntad de conocimiento. A los dieciocho años se puso sin ninguna modestia a escribir historias universales y fue autor de una malograda –por no concluida y, finalmente, incinerada– historia de la literatura española.

Materia y espíritu universales, era Papini quien eminente e inminentemente haría sentir el eco de *Gog* en el espíritu y la materia de Arreola.

En 1994 se lee en *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947) contada a Fernando del Paso*,⁹ lo que el entrevistado ilustre (le) conversa a su par literario:

en mi época de Guadalajara tampoco descuidé la lectura y me ocurrió algo muy importante: vivía en una casa de asistencia que tenían mis tías, y fue un amigo estudiante que estaba como huésped el que me prestó el *Gog*. Fue el momento en que desde un trasfondo infantil abrí los ojos a la literatura. Mario Verdaguer tradujo de tal modo a Papini que algunas de sus páginas siguen siendo para mí verdaderos ejemplos de prosa en lengua española. Podría citar de memoria los párrafos que atestiguan esta afirmación. Me lancé entonces sobre Papini. Apenas si hace falta recordar que *Gog* no es una novela, aunque lo parezca, sino más bien un libro de ensayos humorísticos, una imagen del mundo, como dijo un presentador de Papini, visto a través de los lentes oscuros del pesimismo y los ojos convexos de la caricatura. Después de *Gog* leí *Palabras y sangre*, *Lo trágico cotidiano*, *El piloto ciego*, *San Agustín* y el *Dante vivo*, donde había un capítulo que yo leía y releía en una actitud que combinaba la penitencia con la reconciliación. En la biblioteca de Guadalajara existían por fortuna otros libros del gran escritor que fue Papini, a pesar de que tantos lo ignoren o lo nieguen. *Un hombre acabado* es otra de sus grandes obras. Además, como Papini hace en el conjunto de sus libros una revisión sarcástica de la cultura occidental, me puso en contacto con un montón de gente que después me iba a importar mucho. Sólo mencionaré como ejemplo a Otto Weininger y a Henri Bergson (p. 53).

La cadena de relaciones es significativa: la “ansiedad de la influencia” va imprimiendo firmas y marcas de garantía. También a Fernando del Paso le dice: “Yo fui un gran lector de Papini desde la adolescencia, pero curiosamente, *El diablo* de Papini no me interesó porque todo lo que tenía que decir Papini del diablo él mismo ya me lo había contado en dos relatos” (pp. 129-130). Hay, y se dice, una selección; la otra obra —la de Papini— también pasa por un proceso de recorte y discernimiento.

ALTAS FIDELIDADES: A GIOVANNI DE JUAN JOSÉ

Giovanni Papini recorre las páginas de *El último juglar*, último libro donde Juan José Arreola grabó sus memorias recogidas por Orso, su hijo.¹⁰ Nos enteramos de que Arreola viaja con Giovanni Papini a Manzanillo. Fue en 1940 cuando en su “gran velís biblioteca” sólo había un puñado de libros; entre otros, “uno o dos libros de Giovanni Papini” (p. 111). En 1944 Arreola comparte sus lecturas de Papini con su nuevo y para siempre amigo Antonio Alatorre (p. 198).

Arreola no esquiva la posición política de Papini de mediados de los años cuarenta italianos: “Yo aprecio mucho a Giovanni Papini, uno de mis maestros. Creo que a él también [ha mencionado a Ezra Pound y a Gerhard Muench] lo han acusado de fascista. Sus libros han desaparecido de las librerías. Yo me quedo con su obra y su arte, lo demás se lo dejo a los historiadores y a los críticos” (p. 246). En Zapotlán, el 1º de septiembre de 1969 Arreola anota en su cuaderno: “En las altas horas de la noche leo el *Juicio universal*, de Papini y algunas páginas de Paul Léauteaud” (p. 392). Una semana después, el lunes 8 de septiembre, anota en el cuaderno: “me pasó toda la tarde en la biblioteca: leí el terrible final del *Juicio universal*, de Giovanni Papini, mientras caía una tormenta” (p. 393). Y al decir que “Victor Hugo, Honoré de Balzac y Émile Zola hicieron el balance final del siglo xx”, Arreola acude a la frase de Papini, “el *giudizio universale*, como dijo Giovanni Papini” (p. 249).

En sus últimos años Arreola siguió citando al autor de *Gog*:

Porque cuando los revolucionarios mexicanos, chinos y rusos tomaron el poder no supieron qué hacer con él y se dedicaron a la penosa tarea de crear burocracias monstruosas, para convertir países como Rusia en una hermosa y confortable cárcel de lujo; esto último lo dijo el hoy olvidado escritor Giovanni Papini hace más de cincuenta años (p. 380).

Papini, sin exageración, acompañó a Arreola de noche y de día, en los libros y en la vida, en la salud y en la enfermedad; no fue el único, pero sí estuvo entre los únicos.



Si *Gogol* llegó a las manos de Arreola cuando tenía alrededor de quince años, ya desde antes el escritor jalisciense cimentaba su escritura: “a los doce años y en Zapotlán el Grande leí a Baudelaire, a Walt Whitman y a los principales fundadores de mi estilo: Papini y Marcel Schwob”.¹¹

Podemos imaginar que una de esas lecturas fue el *Autorretrato* de Giovanni Papini, que Arreola integra en su *Lectura en voz alta*. Cuando respondemos a su invitación y leemos el *Autorretrato*, no podemos dejar de pensar en el propio Juan José y no por el acto de lectura sino por el personaje –Papini– que habla de sí mismo y –nos preguntamos– ¿de Arreola también?:

Soy el autodidacto neto [...] Soy el enciclopédico, el hombre de los manuales y de los diccionarios [...] Puedo deslumbrar a más de uno con la bibliografía; puedo sostener conversaciones docentes, incluso con especialistas [...] Adondequiera que me vuelva no soy un profano, mas tampoco un iniciado [...] Judío errante del saber [...] Tengo muchas reminiscencias pero pocos fundamentos. Soy como un rey que posee un gran imperio compuesto de mapas. Lo he empezado todo y no he concluido nada [...] Cuando alguien se maravilla de mi saber, de mi erudición, me entran ganas de reír. Yo sólo sé los vacíos espantosos que hay en mi cerebro [...] Conozco el vocabulario y algún párrafo, tengo una idea del conjunto, y no sé andar con mis piernas. Soy ignorante, desmesurada e incurablemente ignorante. Y lo peor es que mi ignorancia no es la pura y natural del hombre de los bosques y de los campos, que pueda ir unida a la frescura, a la paz e incluso a una cierta ingeniosidad. No; yo soy un ignorante que se ha revolcado entre libros [...] soy el que ha aprendido tanto, que ha perdido la espontaneidad sin adquirir sabiduría (*Lectura en voz alta*, pp. 86-87).

Himno al autodidactismo, sí, al de Papini y al de Arreola, quien leyó el *Autorretrato* en su infancia y, sin proponérselo, a lo largo de su vida se identificó con él. Arreola vio su imagen y su destino en el autorretrato de Papini, quien se retrató y lo retrató. El texto fue el presente de uno y el futuro del otro. Arreola no sólo leyó el *Autorretrato* de Papini “con orgullo, rencor y humildad como quien se confiesa” sino que se reinventaría en él. Y si no lo hizo, sus lectores sí lo hacemos por él, uno de los mejores discípulos de Giovanni Papini.

A lo largo de su existencia Juan José Arreola conoció a Papini y reconoció sus frases célebres. Una de ellas dice: “Cuando era joven leía casi siempre para aprender; hoy, a veces, leo para olvidar”. En los últimos años de su vida,

Arreola haría lo mismo. Sin embargo, del célebre traductor de “El espejo que huye” se le había quedado grabada también la frase: “El olvido bien puede ser una forma profunda de la memoria”, ¿quién de ellos sería el otro y en la memoria de quién? Para Juan José Arreola el otro fue Giovanni Papini, su personaje de “El último deseo” y él –Arreola, autor de “Memoria y olvido”– pudo serlo del *Autorretrato* de Papini. Para estas simetrías o asimetrías, incluso anacronías, no hay instrucciones de lectura. A no ser que nos encontremos a dos personajes dialogando en una estación de tren sobre el juicio final. •

Nota

¹ *Lectura en voz alta. La eligió Juan José Arreola*, México, Porrúa, (Sepan Cuantos..., 103), 1968. Mi ejemplar es uno de los 20 000 del tiraje de la quinta edición de 1972 (pagué por ella 15 pesos, de los de antes).

² Arreola aclara que no da a conocer –y se disculpa– el nombre de los traductores de los textos en lenguas extranjeras; a cambio, de algunos de ellos él es su traductor.

³ Juan José Arreola, *Confabulario total (1941-1961)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 16-17.

⁴ Juan José Arreola, *Bestiario*, México, Joaquín Mortiz, 1972; en la 3ª ed. también de Joaquín Mortiz “El último deseo” está en la p. 92.

⁵ Juan José Arreola, “Tres días y un cenicero”, en *Palindroma*, México, Joaquín Mortiz, 1971, pp. 9-28.

⁶ Juan José Arreola, *Inventario*, México, Grijalbo, 1976, p. 53.

⁷ Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986. La edición original es de 1965.

⁸ Marco Antonio Campos, *De viva voz (Conversaciones con escritores)*, México, Premià (La Red de Jonás), 1986. Aparece en *Arreola en voz alta*, ed. de Efrén Rodríguez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, pp. 163-175 (cito de esta edición; la cita en las pp. 164-165).

⁹ *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947) contada a Fernando del Paso*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Memorias Mexicanas), 1994.

¹⁰ Orso Arreola, *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola*. México, Diana, 1998.

¹¹ “Autovivisección de Juan José Arreola”. Entrevista de Mauricio de la Selva, en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, 1970, pp. 69-118. Cito por la ed. de Efrén Rodríguez (p. 66); la entrevista entre pp. 62-116.

SARA POOT HERRERA es ensayista, narradora y profesora de literatura colonial y contemporánea en la Universidad de California en Santa Bárbara. Es autora y antologadora de diversos libros, entre los que destacan *Un giro en espiral (el proyecto literario de Juan José Arreola)*, Universidad de Guadalajara, y *Los guardaditos de sor Juana*, UNAM.